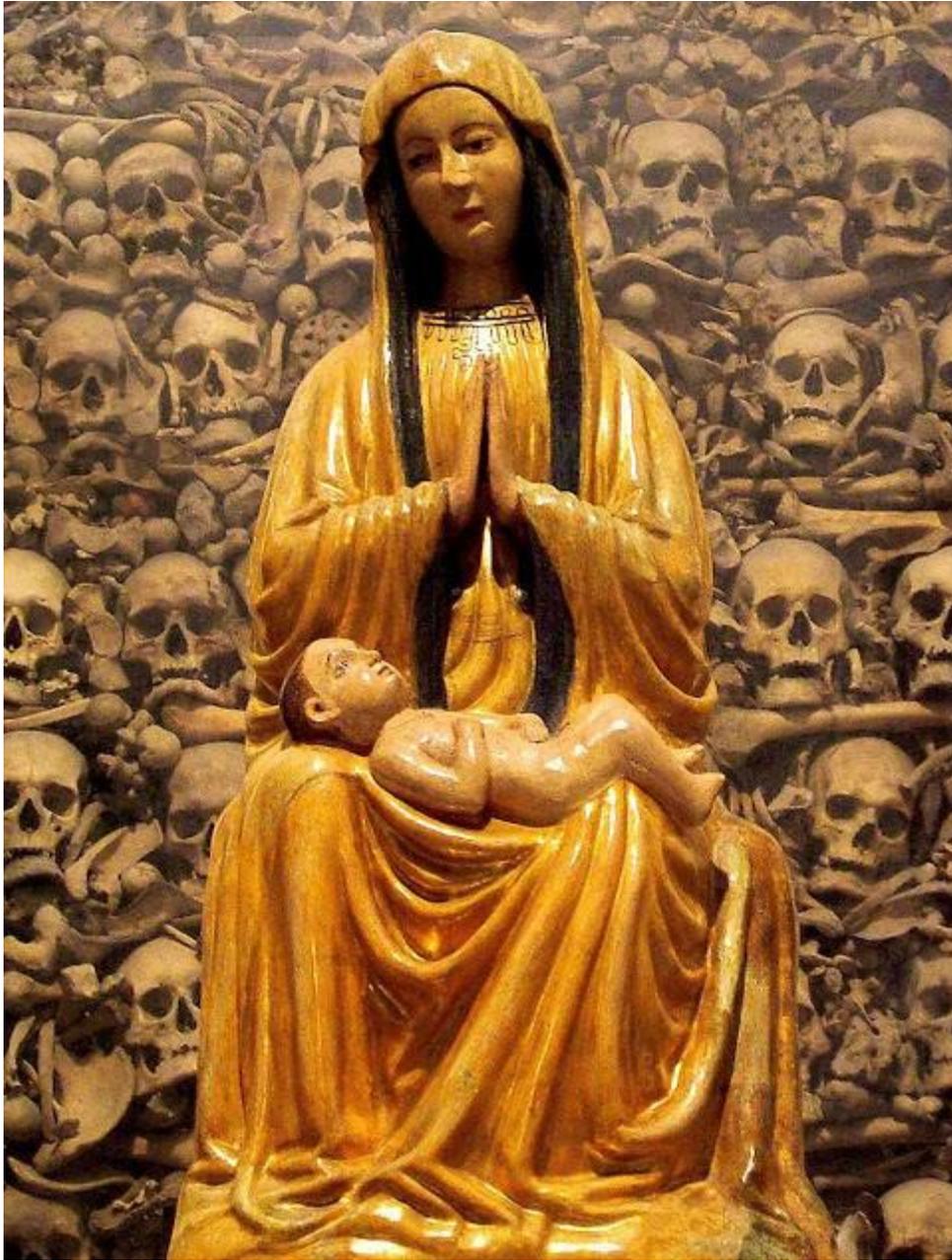


Los 813 mártires de Otranto salvaron Roma resistiendo a los turcos



Virgen en la capilla de los mártires. Iglesia de Santa Caterina a Formiello, Otranto

El reciente domingo, 12 de mayo se procedió a la canonización de los 813 mártires de Otranto (Italia) en la Misa presidida por Francisco I en la Plaza de San Pedro.

El decreto de confirmación del culto "Ab immemorabili" que se le tributa a los mártires fue hecho realidad el 14 de diciembre de 1771. Pero fue en 1988 cuando el Arzobispo de Otranto nombra una comisión histórica que investigara los acontecimientos de Otranto, así de 1991 a

1993 se llevó a cabo dicha investigación que fue inmediatamente reconocida por la Congregación para las causas de los Santos a fecha del 27 de mayo de 1994. Benedicto XVI aprobó el decreto el 6 de julio de 2007, reconociéndose que los Beatos Antonio Primaldo y compañeros mártires habían ofrecido su vida defendiendo antes que todo la fidelidad a Cristo.

Se lee en el Martirologio Romano, es decir en el calendario litúrgico de los santos y beatos, que la Iglesia recuerda y venera los cerca de ochocientos beatos mártires que en Otranto, en Puglia, apremiados por el asalto de los soldados otomanos a renegar de la fe, fueron exhortados por el beato Antonio Primaldo, anciano tejedor, a perseverar en Cristo, y obtuvieron así con la decapitación la corona del martirio”.

El martirio de estos ochocientos ocurrió en 1480, en el día de su memoria litúrgica, el 14 de agosto.

¿Pero quiénes fueron los ochocientos de Otranto? ¿Y por qué fueron asesinados? Su historia es de extraordinaria actualidad. Como es hasta ahora actual el conflicto interminable entre Islam y cristianismo, en el que ellos sacrificaron la vida.

Es lo que muestra en el relato que sigue – aparecido el 14 de julio pasado en “Il Foglio”- Alfredo Mantovano, jurista católico, senador de la república y coterráneo de aquellos mártires, nacido en el sur de Puglia, la región de Otranto:

"Dispuestos a morir mil veces por Él..."

Por Alfredo Mantovano, jurista católico, senador de la república y coterráneo de aquellos mártires

Antonio Primaldo es el único del que ha sido transmitido el nombre. Los otros compañeros suyos de martirio son ochocientos desconocidos pescadores, artesanos, pastores y agricultores de una pequeña ciudad, cuya sangre, hace cinco siglos, fue esparcida sólo porque eran cristianos.

Ochocientos hombres, los cuales sufrieron al momento, hace cinco siglos, el trato reservado en el 2004 al americano Nick Berg, capturado por terroristas islámicos en Irak mientras realizaba su trabajo de técnico de antenas y asesinado al grito de “¡Alá es grande!”.

Su verdugo, después de haberle cortado la yugular, pasó la hoja en torno al cuello, hasta arrancarle la cabeza, y la mostró como un trofeo. Exactamente como hizo en 1480 el verdugo otomano con cada uno de los ochocientos de Otranto.



Monumento a los héroes católicos al pie de los muros de Otranto

La ejecución en masa tiene un prólogo, el 29 de julio de 1480. Son las primeras horas de la mañana: desde las murallas de Otranto comienza a distinguirse en el horizonte haciéndose cada vez más visible una flota compuesta de 90 galeras, 15 mahonas y 48 galeotas, todas ellas con 18.000 soldados a bordo.

La armada es guiada por el bajá Agometh; quien está a las órdenes de Mahoma II, llamado Fatih, el Conquistador, o sea el sultán que en 1451, con tan solo 21 años, había logrado ascender a jefe de la tribu de los otomanos, que a su vez se había impuesto sobre el mosaico de los emiratos islámicos un siglo y medio antes.

En 1453, guiando un ejército de 260 mil turcos, Mahoma II había conquistado Bizancio, la “segunda Roma”, y desde ese momento cultivaba el proyecto de expugnar la “primera Roma”, la Roma verdadera, y de transformar la basílica de San Pedro en establo para sus caballos.

En junio del 1480 juzga maduro el tiempo para completar la obra: quita el asedio a Rodi, defendida con coraje por sus caballeros, y dirige la flota hacia el mar Adriático.

La intención es tocar tierra en Brindisi, cuyo puerto es amplio y cómodo: desde Brindisi

proyecta ascender por Italia hasta alcanzar la sede del papado. Pero un fuerte viento contrario obliga las naves a tocar tierra 50 millas más al sur, y a desembarcar en una localidad llamada Roca, a algunos kilómetros de Otranto.

Otranto era – y es – la ciudad más oriental de Italia. La importancia de su puerto la había hecho asumir el rol de puente entre oriente y occidente, consolidado en el plano cultural y político por la presencia de un importante monasterio de monjes basilianos, el de san Nicola en Casole, del que hoy restan un par de columnas en el camino que conduce a Leuca.



Capilla de las reliquias de los 813 mártires, en la iglesia de Santa Caterina a Formiello, Otranto

En su espléndida iglesia catedral, construida entre el 1080 y 1088, el 1095 fue impartida la bendición a doce mil cruzados que, bajo el comando del príncipe Boemondo I de Altavilla, partieron para liberar y para proteger el Santo Sepulcro de Jerusalén.

De regreso de Tierra Santa, precisamente en Otranto, San Francisco de Asís tocó puerto en 1219, recibido con grandes honores.

Cuando desembarcaron los otomanos, la ciudad pudo contar con una guarnición de sólo 400 hombres armados, y para esto los capitanes de la guarnición se apresuraron a pedir ayuda al

rey de Nápoles, Fernando I de Nápoles, también llamado Don Ferrante de Aragon, enviándole una misiva.

Circundado por el asedio, el castillo, dentro de cuyas murallas se habían refugiado todos los habitantes del barrio, el bajá Agometh, a través de un mensajero, propone que se rindan con condiciones ventajosas: si no resisten, los hombres y las mujeres serán dejados libres y no recibirán ninguna injuria. La respuesta llega de uno de los notables de la ciudad, Ladislao De Marco: hace saber que si los asediantes quieren, Otranto deberán tomarla con las armas. Al embajador se le ordena no regresar más, y cuando llega el segundo mensajero con la misma propuesta de que se rindan, es atravesado por las flechas. Para despejar toda equivocación, los capitanes toman las llaves de las puertas de la ciudad y en modo visible, desde una torre, las lanzan al mar en presencia del pueblo. Durante la noche, buena parte de los soldados de la guarnición se descuelga de los muros de la ciudad con sogas y escapa. Para defender Otranto quedan solo sus habitantes.

El asedio que sigue es un martilleo: las bombardas turcas derriban la ciudad, centenares de gruesas piedras (muchas son todavía hoy visibles por las calles del centro histórico de la ciudad).

Después de quince días, al amanecer del 12 de agosto, los otomanos concentran el fuego contra uno de los puntos más débiles de las murallas, abren una brecha, irrumpen en las calles, masacran a quien se le ponga a tiro, llegan a la catedral, en la cual muchos se han refugiado. Derriban la puerta y se esparcen en el templo, alcanzan al arzobispo Stefano, que estaba con los atuendos pontificales y con el crucifijo en mano. A ser intimado de no nombrar más a Cristo, ya que desde aquel momento mandaba Mahoma, el arzobispo responde exhortando a los asaltantes a la conversión, y por esto se le corta la cabeza con una cimitarra.

El 13 de agosto Agometh pide y obtiene la lista de los habitantes capturados, exceptuando a las mujeres y a los muchachos menores de 15 años.

Así lo cuenta Saverio de Marco en la "Compendiosa historia de los ochocientos mártires de Otranto" publicada en el 1905:

“En número de cerca ochocientos fueron presentados al bajá que tenía a su lados a un cura miserable, nativo de Calabria, de nombre Giovanni, apostata de la fe. Este empleó su satánica elocuencia con el fin de persuadir a los cristianos que, abandonando a Cristo abrasaran el islamismo, seguros de que la buena gracia de Agometh, quien los habría dejado con vida, con el sostenimiento y todos los bienes de los que gozaban en la patria; en caso contrario serían todos asesinados. Entre aquellos héroes hubo uno de nombre Antonio Primaldo, sastre de profesión, avanzado de edad, pero lleno de religión y de fervor. Este respondió a nombre de todos: “Todos queremos creer en Jesucristo, Hijo de Dios, y estar dispuestos a morir mil veces por Él”.



Altar representando el martirio y el milagro, Santa Caterina a Formiello

Agrega el primero de los cronistas, Giovanni Michele Laggetto, en la “Historia de la guerra de Otranto del 1480” transcrita de un antiguo manuscrito y publicada en 1924:

“Y volteándose a los cristianos Primaldo dijo estas palabras: ‘Hermanos míos, hasta hoy hemos combatido en defensa de nuestra patria y para salvar la vida y por nuestros gobernantes terrenos; ahora es tiempo de que combatamos para salvar nuestras almas para el Señor, el cual habiendo muerto por nosotros en la cruz conviene que muramos nosotros por Él, permaneciendo seguros y constantes en la fe, y con esta muerte terrena ganaremos la vida eterna y la gloria del martirio’. A estas palabras comenzaron a gritar todos a una sola voz con mucho fervor que querían mil veces morir con cualquier tipo de muerte antes que renegar de Cristo”.

Agometh decreta la condena a muerte de todos los ochocientos prisioneros. A la mañana siguiente estos son conducidos con sogas al cuello y con las manos atadas a la espalda, a la colina de la Minerva, pocos cientos de metros fuera de la ciudad. Sigue escribiendo De Marco:

“Repitieron todos la profesión de fe y la generosa respuesta dada antes; por ello el tirano ordenó que se procediese a la decapitación y, antes que a los otros, fuese cortada la cabeza al viejo Primaldo, que le resultaba muy odioso, porque no dejaba de hacer de apóstol entre los suyos, más aún, antes de inclinar la cabeza sobre la roca, afirmaba a sus compañeros que veía el cielo abierto y los ángeles animando; que se mantuvieran fuertes en la fe y que mirasen el cielo ya abierto para recibirlos. Dobló la frente, se le cortó la cabeza, pero el cuerpo se puso de pie: y a pesar de los esfuerzos de los asesinos, permaneció erguido inmóvil, hasta que todos fueron decapitados. El prodigio evidentemente estrepitoso habría sido una lección para la salvación de aquellos infieles, si no hubieran sido rebeldes a la luz que ilumina a todo hombre que vive en el mundo. Un solo verdugo, de nombre Berlabei, valerosamente creyó en el milagro y, declarándose en alta voz cristiano, fue condenado a la pena del palo”.

Durante el proceso para la beatificación de los ochocientos, en 1539, cuatro testigos oculares refirieron el prodigio de Antonio Primaldo, que permaneció en pie después de la decapitación, y la conversión y el martirio del verdugo. Así lo cuenta uno de los cuatro, Francesco Cerra, que en 1539 tenía 72 años:

“Antonio Primaldo fue el primer asesinado y sin cabeza estuvo firme en pie, ni todos los esfuerzos del enemigo lo pudieron abatir, hasta que todos fueron asesinados. El verdugo, estupefacto por el milagro, confesó que la fe católica era la verdadera, e insistió en hacerse cristiano, y esta fue la causa por la que por orden del bajá fue condenado a la muerte de palo”.

